

gente del desierto

Julio Glockner

Las costas desérticas del noroeste de México, comprendidas entre los ríos Yaqui y Altar, así como las islas Tiburón y San Esteban en el Golfo de California, conformaban un inmenso territorio habitado, antes de la llegada de los españoles, por una tribu unificada por la lengua y las costumbres, dividida en seis bandas de cazadores-recolectores y pescadores, que se dispersaban por las llanuras y las montañas. La vida y la cultura de los indios seris transcurrió inmersa en dos horizontes, el desierto y el mar, dos trazos infinitos que durante siglos los mantuvieron aislados del resto del mundo proporcionándoles su razón de ser. Con agua y arena se conformó la fisonomía geográfica de la cultura seri, con las tortugas y los peces, los reptiles, las plantas y las aves, construyeron sus viviendas y sus mitos, de ellos se alimentaron y vistieron y con ellos organizaron sus fiestas y sus guerras. Según los arqueólogos, hace aproximadamente tres mil años los seris llegaron a la región, desde entonces han adaptado su vida a las difíciles condiciones que impone el desierto, adecuando su cultura al conocimiento minucioso de las costumbres de los animales, de los ciclos reproductores de las plantas, las propiedades de sus frutos, raíces y semillas. No se trata de una lucha del hombre contra la naturaleza, sino de un alojamiento del hombre en la naturaleza.





Isla de Patos. Como cazadores, recolectores y pescadores, los konkaak mantienen en la actualidad el carácter seminómada de su cultura. Durante el verano se trasladan a El Desemboque y, en invierno, se establecen en Punta Chueca

La escasez de agua en un lugar donde los ríos desaparecen absorbidos por la arena antes de llegar al mar, donde en ocasiones la temperatura forma un lecho de calor que deshace la lluvia en el aire impidiendo que toque el suelo, crea en la vida animal y vegetal ingeniosos recursos que les permiten aprovecharlas al máximo. El sahuario, enorme cactus que puede alcanzar hasta quince metros de altura y nueve toneladas de peso, recoge el agua de la lluvia extendiendo sus raíces en forma casi horizontal, siguiendo la superficie de la tierra, hasta cubrir una extensa área de diez o quince metros. Esa agua es acumulada en un tallo pulposo que se despliega y se pliega según se allernan las temporadas de lluvia y sequía, gracias a esta sencilla operación la planta puede llegar a vivir hasta doscientos años y los indios del desierto aprovechar su agua machacando los tallos. Para evitar el ardiente calor de la superficie, diversos animales han hecho subterránea una buena parte de su vida. El sapo espolido aparece en las frescas noches estrelladas cazando insectos con el relámpago pegajoso de su lengua, luego se oculta bajo la tierra excavando un pequeño agujero donde se entrega a un letargo que se prolonga por más de nueve meses con algunas interrupciones a lo largo del año. Cuando ocasionalmente se desprende del cielo un aguacero estalla en el desierto una efímera primavera. Los tonos pardos y la opacidad de las montañas desaparecen bajo los colores encendidos de las flores, entonces aparece el sapo rebosando vida y dispuesto a fecundar los huevos de su hembra en las tibias aguas de algún charco. Existe también, además del tejón, el topo y la ardilla del desierto, un sorprendente animalito que comparte con ellos los hábitos excavadores, es la rata canguro enana, mide cinco centímetros de longitud pero es capaz de avanzar, saltando impulsada por sus patas traseras, cinco metros por segundo, además, puede cambiar de dirección en el aire valiéndose de su larga cola peluda que funciona a la manera de los timones de las antiguas carabelas. El cuerpo de este pequeño animal encierra una gran sabiduría para economizar agua. Sus hábitos dietéticos, el funcionamiento de su digestión, la especializada filtración de su orina, su nula exudación, le permiten prescindir del acto de beber agua y aun de recuperar la humedad que expulsa mediante sus deyecciones. Todo este sistema de retención de líquidos generalmente beneficia a las serpientes y a las aves que se alimentan de ella. A diferencia de las plantas y los animales terrestres, que están destinados a la vida inmóvil o a

desplazarse en un espacio limitado, las aves del desierto pueden alejarse de los territorios extremadamente secos en busca de agujeros o temperaturas más soportables. Aunque existen aves, como el cholacabras mexicano, plenamente integradas al clima desértico mediante la hibernación, algunos otros, como el halcón, el cuervo o los buitres, se elevan a cientos de metros de la tierra para buscar en las azules alturas los vientos frescos que les permitan planear sobre las horas más calurosas del desierto. Existen aves capaces de cavar galerías con el pico, algunas otras, como la lechuza, aprovechan las madrigueras construidas por los roedores o los huecos en los grandes sahuarios abandonados por los picamadera para tener a sus crías y resguardarse del calor, pero hay otras aves, como el correcaminos, que no construyen ni aprovechan lo construido, simplemente pasan el día a la sombra de las rocas y los arbustos y aprovechan el crepúsculo y el alba para atrapar insectos, pequeños mamíferos, lagartos, o si se presenta la ocasión, matar a picotazos a una víbora de cascabel y empezar a comerla hasta donde alcance el apetito y la capacidad del aparato digestivo, por supuesto; cuando se trata de una víbora grande, queda colgando del pico como un gordo fideo que se irá engullendo a la sombra de un mezquite a medida que pasan las horas.

El venado, la tarántula, la avispa, el borrego cimarrón, la liebre, la hormiga, el zorro, la tortuga de tierra... cada especie con un conjunto de hábitos adecuados a la sequía, a los cambios de temperatura, a la vegetación y a las demás especies que pueblan esta zona, árida y silenciosa, donde permaneció incrustada hasta el siglo pasado la cultura seri en una relación más profunda con la lechuza y la serpiente que con otros hombres. Una cultura esencialmente solitaria que, aunque mantenía algunas relaciones de intercambio y encuentros guerreros con sus vecinos (yaquis, pápagos, opatas, pimas), permanecía aislada, por el mar y el desierto, de todo contacto permanente con otros grupos. Una cultura fundada en la aprehensión de los más nobles elementos del desierto para crear una técnica que no rompe con la vecindad de la naturaleza, sino que, a fuerza de repetir durante siglos sus mismas formas, alcanza una plena integración con ella; nos estamos refiriendo a una cultura relativamente joven, sobre todo si la comparamos con los veinticinco mil años de los aborígenes australianos del desierto. La técnica seri era sumamente sencilla. En su relación con el mar su mayor complejidad se

alcanzó al construir pequeñas balsas de carrizo impulsadas por un remo de doble paleta y arpones con la punta desprendible para pescar la tortuga caguama. Los peces se atrapaban con la mano en las aguas bajas pues no se conocieron redes ni anzuelos. Se recogían insectos, cangrejos y reptiles; almejas y ostiones cuando bajaba la marea; recolectaban semillas y frutos, raíces y tallos de donde obtenían fibras para tejer cestos o elaborar cuerdas (que también se hacían con pelo humano); ramas para encender fuego o para construir chozas que en el invierno se reforzaban con esponjas marinhas y caparazones de tortuga; conchas marinhas usadas como recipientes para tomar agua; flores secas, trocitos de madera y conchitas de mar para elaborar collares. En la caza colectiva –de tres a cinco personas– del venado bura o el carnero cimarrón no se empleaban el arco y la flecha, que sólo se usaban en la caza individual, sino una hábil combinación de acecho y persecución de la presa que, rendida de cansancio, era atrapada y derribada con las manos a fin de conducirla, de preferencia viva, al campamento. Ahí el animal era descuartizado por las mujeres utilizando dientes, uñas y golpes de piedra pues se desconocía el cuchillo. Los instrumentos para cortar, moler, aplastar, machacar, quebrar, eran simplemente piedras seleccionadas por su forma y que lograban cierto perfeccionamiento debido al uso que se les daba como martillos, yunque o metales. La carne se consumía cruda o en ocasiones tostada sobre el fuego. La sangre y las viscera de estos animales, y más tarde también la de los caballos, burros y vacas introducidos por los españoles, formaban parte de la dieta.

La caza de la liebre y otros pequeños mamíferos –practicada por los niños, que adquirían así un adiestramiento para la caza mayor–, reproducía en la infancia las costumbres de los adultos. La elaboración de cántaros para transportar agua era fundamental en la vida de la comunidad seri, como lo fue la utilización de los huevos de avestruz entre los bosquimanos del desierto de Kalahari. Eran grandes y redondos recipientes sin ningún adorno y de paredes muy delgadas para aligerar su peso, pues éstos eran transportados decenas de kilómetros asegurados en una especie de cojín circular hecho con fibra vegetal y apoyado sobre la cabeza de las mujeres. La movilidad de las bandas dependía en buena medida de la buena conservación de estas ollas cuyos restos se encuentran dispersos por todo el territorio.

La experiencia vital de la cultura india con su ambiente

crea una profunda empatía con el desierto, una íntima relación de la que deriva una sabiduría apegada a la conformación de la naturaleza, a sus ritmos cílicos, a sus formas de vivir y morir. El clima, los sonidos, el movimiento del cielo, los aromas, la conducta animal, el viento, los sabores, los colores de las plantas, el mar y las montañas, todo trabaja silenciosamente en la creación de un saber que no sólo obtiene el aprovechamiento práctico de su entorno, sino que también abre la posibilidad de una relación sacra con la naturaleza. Lo sagrado no es una etapa en la historia de la conciencia, dice Mircea Eliade, sino un elemento de la estructura de esa misma conciencia. La experiencia de lo sagrado es inherente al modo de ser del hombre en el mundo.

En el territorio seri no se encontraron representaciones que aludieran a una divinidad en particular, tal vez porque la naturaleza, y ellos en la naturaleza, era vivida como un mundo sagrado en sí mismo. Me agrada pensar en el hondo sentido de las palabras de Eliade cuando dice que en los grados más arcaicos de la cultura, vivir como ser humano es ya en sí mismo un acto religioso, puesto que la alimentación, la vida sexual y el trabajo poseen un valor sacramental. Probablemente era esta idea-experiencia del mundo la que desesperaba a los pobres misioneros jesuitas. Al mediar el siglo XVIII, cuando ya una buena parte del territorio seri había sido repartido entre soldados y colonos españoles por órdenes del virrey Conde de Fuenclara, el padre Juan Nentuig escribe *El rudo ensayo*, tal vez el documento más completo de la época sobre los seris; en él, Nentuig se lamenta de las supersticiones, las prácticas mágicas y la existencia de hechiceros que obstaculizan el buen aprovechamiento del catecismo. La misión jesuita más cercana al territorio seri se encontraba a ciento veinte kilómetros de distancia, es decir, a tres o cuatro días de viaje después de haber recorrido lo que entonces se conocía como "el gran despoblado", que sólo era atravesado por las precipitadas partidas militares. Después de trece largos años en la región y a pocos años de la expulsión de la Compañía de Jesús de la Nueva España, el padre Nentuig escribe: "ignorancia, ingratitud, inconstancia y pereza, éstos son puntualmente los quicios en que se gira y se mueve toda la vida del indio". A pesar del despectivo juicio el misionero les concede una ventaja: no tener propensión a la idolatría. Pero esta ventaja Nentuig mismo la desenmascara de inmediato mostrando su verdadero rostro: la devoción al diablo, "más por miedo y

estupidez que por inclinación", concluye. Es entonces Sata-nás, anidado en las mentes de los indios, el que estimula su incredulidad en los misterios de la fe cristiana y en todo cuanto ellos no han visto con sus propios ojos, es el diablo quien los hace decir frente a las explicaciones de los misioneros: *sepo rema denithui* ("quizás dices verdad")... y mientras el sacerdote no llegue a desterrar de sus neófitos dicha frase, dice Nentuig, no puede haber la creencia que se requiere a la infalible autoridad de Dios y su Iglesia.

En nombre de los monarcas del cielo y la tierra se fueron presentando los colonizadores en las zonas más habitables del territorio seri, esto es, en las que el aprovisionamiento de agua era más factible. Los contactos con la civilización occidental, con los portadores de una historia que hasta entonces les había sido ajena, fueron cada vez más constantes y más violentos. Todo comenzó cuando las naves de la expedición a la Florida (1528), comandada por Pánfilo de Narváez, fueron arrojadas a la costa por una tormenta, pues uno de los cuatro sobrevivientes, Álvar Núñez Cabeza de Vaca, fue el primer europeo que tuvo contacto con los seris y que dejó constancia de ello en sus célebres *Naufragios*:

En la costa no hay maíz; los habitantes comen polvo de junco y de paja, así como el pescado, que es cogido en balsas, pues no tienen canoas. Con hierbas y pajas cubren las mujeres su desnudez. Son gentes tímidas y afligidas.

A partir de entonces se irán produciendo, aunque en forma muy espaciada por más de un siglo, los primeros encuentros entre misioneros, soldados y colonizadores españoles con los seris y las tribus vecinas. En 1645, la información que se tiene de ellos es poco más detallada, el padre Andrés Pérez de Ribas los refiere diciendo:

Hay noticias respecto de la existencia de un gran pueblo llamado Heris: son sumamente salvajes, sin poblaciones, sin casas, sin campos. No tienen ríos ni arroyos y sólo beben de algunas charcas y lagunajos. Viven de la caza, pero en la época de la cosecha obtienen maíz canjeado, con otras naciones, sal extraída del mar y pieles de venado. Los que viven más cerca del mar también subsisten del pescado; y se dice que, en ese mismo mar, hay una isla en la que viven otros de la misma nación. Su idioma es sumamente difícil.

Durante el siglo XVIII se realizaron expediciones en busca de oro y perlas y se establecieron poblados de agricultores y ganaderos, misiones jesuitas y reales de minas, todo en las inmediaciones de la región desértica habitada por los seris. Sus habitantes pronto serían asaltados en los caminos por las bandas de guerreros indigenas. La práctica de la congrega por parte de los colonizadores, que se realizaba en las regiones donde no existían poblaciones indígenas estables y consistía en redadas periódicas de indios nómadas que eran conducidos a los poblados españoles a fin de evangelizarlos y proveerse de mano de obra, provocaba la reacción violenta de los indios que respondían con el robo del ganado y la destrucción de las iglesias. Fue así como en las primeras semanas del año 1700, una expedición militar apresó a un grupo de indios desertores de la misión jesuita de Nuestra Señora del Populo; en su huída los indios habían matado a tres personas y robado algunas cabezas de ganado. El informe que relata los hechos menciona "la ejecución de todos ellos para escarmiento de los demás indios", desde luego, después de haber confesado sus delitos al padre Adán Gilg, encargado de la misión. El sargento y el sacerdote decidieron continuar la persecución del resto de la tribu y llegaron a la orilla del mar, frente a la Isla del Tiburón, hacia donde habían escapado los indios. Según Mcgee ésta es la primera invasión del territorio seri por los colonizadores europeos y se la puede considerar como el inicio de una guerra que habría de prolongarse por más de dos siglos. Las incursiones de españoles, criollos, mestizos e indios aliados (principalmente pápagos, enemigos tradicionales de los seris), tenían como finalidad castigar los ataques de las bandas guerreras y capturar mujeres y niños no sólo para cristianizarlos, sino para fomentar en ellos los hábitos de la vida sedentaria mediante el cultivo de la tierra, la crianza del ganado, la albañilería y otros oficios. La labor de los evangelizadores jesuitas, exitosa en otras regiones del norte de México, sobre todo entre pimas y ópatas, resultó un permanente fracaso entre los seris. Hacia fines del siglo XVIII se declara una guerra de exterminio a la tribu seri, ya bajo la administración eclesiástica franciscana, impulsada por un energético movimiento pionero que pretende expandir la minería, la agricultura y la ganadería y lograr la conquista del "despoblado". Esta campaña logra desplazar a los indios a la Isla del Tiburón y las costas adyacentes en tierra firme, quedando –hasta la actualidad– sin el abastecimiento vital del agua del río Bacuache y de los ma-



Pesca de curvina. Los konkaak tienen un preciso conocimiento de las épocas y sitios de pesca. Ello les permite, durante ciertas temporadas, tener importantes ingresos para su comunidad.

nantiales de Cerro Prieto. Al mediar el siglo XIX la población seri se calculaba en unas mil personas, los asaltos de los guerreros eran temidos por los habitantes de Sonora debido al mortal veneno de sus flechas. No hacia mucho tiempo que el teniente W.H. Hardy, ligado a la industria perlífera inglesa, había mencionado en su informe sobre la región la manera en que se preparaba el veneno:

matan una vaca y le quitan el hígado. Luego juntan una cantidad de serpientes de cascabel, de escorpiones, cienpiés y tarántulas, que encierran en un hoyo junto con el hígado, el siguiente proceso consiste en golpearlos con palos para irritarlos, y al estar así enfurecidos se muerden y lanzan sus venenos entre ellos y también lo hacen con el hígado. Cuando toda la masa está en un alto grado de putrefacción, las ancianas cogen las flechas y pasan las puntas por esa masa. Después las ponen a secar a la sombra, y se afirma que la herida producida por una de ellas resulta fatal. En cambio, otros dicen que el veneno se obtiene del jugo de la hierba de la flecha.

En esa época la Isla del Tiburón es atacada nuevamente. Esta nueva agresión es efectuada por doscientos cincuenta soldados de infantería y caballería, un cuerpo de voluntarios de diversas poblaciones, una goleta y dos chalupas con piezas de artillería. La tropa desembarcó en la isla en agosto de 1844 y el piloto Espence tomó posesión de ella, en nombre del gobierno mexicano, como "la primera persona civilizada que había tocado ese suelo".

La cantidad de indios prisioneros varía según las versiones, pero sobre todo se trató de mujeres y niños, que fueron distribuidos entre familias de Hermosillo donde se les recibió en medio de una fiesta y el repique de las campanas en las iglesias. El grupo había quedado reducido a aproximadamente quinientas personas y se supone que en esos momentos las seis divisiones de la tribu: guaymas, upanguaymas, fastoletinos, seris o liburones, tepocas y el grupo de las montañas, habían ya desaparecido como tales para reunirse en una sola agrupación: los seris.

Los indios defendieron hasta la muerte su territorio, su desierto, porque ellos mismos eran el desierto, a él se debían como individuos y como cultura tribal. No fue la naturaleza sino la historia la que llegó a romper este intenso sistema de correspondencia entre la tribu y el desierto. Una historia que

del Renacimiento al positivismo del siglo XIX les era absolutamente ajena, una historia que desde hace cuatrocientos años los ha agredido con armas, prejuicios raciales, trampas en el comercio, anátemas religiosos, ideas de progreso de las que se han derivado proyectos oficiales y turísticos donde intervienen desde una maestra rural hasta Televisa.

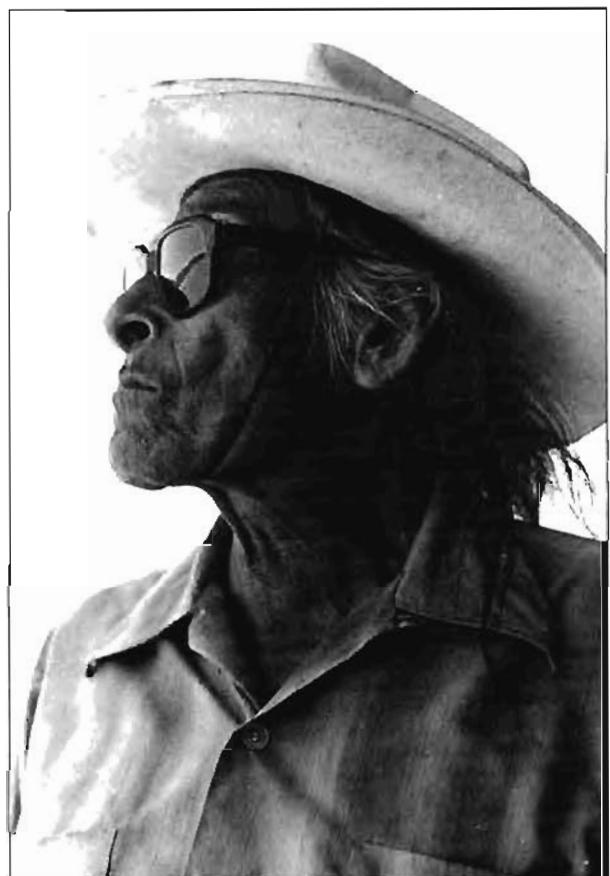
Volvamos a la mitad del siglo pasado, pues a partir de entonces se inicia lo que McGee llama "el conocimiento científico de los seris". El comisionado de fronteras de los Estados Unidos elabora, en 1851, un vocabulario seri. Seis años después se realizan estudios topográficos en la costa y en el interior de su territorio: se describe su vestimenta con pieles de pelícano y venado, sus utensilios de piedra, sus viviendas construidas con varas de ocotillo, ramas de mezquite y caparazones de tortuga, se habla de sus costumbres nómadas, de la recolección de frutos y raíces del desierto, de la caza del venado y la liebre, de su gusto por la carne cruda, de sus embarcaciones de carrizo y de sus flechas envenenadas.

El seri, sin dejar de ser temido como guerrero, como asaltante de caminos, como ladrón de ganado, como apóstata incorregible, es también ahora visto como objeto de estudio. Este desplazamiento del temor a la curiosidad y al interés por sus costumbres coincide con un proyecto de incorporación del seri a la vida productiva de los ranchos aledaños a sus tierras. Hacia 1850 un hombre de Hermosillo, Pascual Encinas, que daria su apellido al desierto, tenía establecido un rancho en la frontera seri con la intención de desarrollar nuevos recursos y pacificar por medio del trabajo las relaciones entre los indios y los colonos. Excavó un pozo profundo, contrató vaqueros, mecánicos y campesinos, levantó corrales y viviendas de adobe, desmontó bosques de mezquite, sembró maíz y pobló los llanos con ganado caballar y vacuno.

Algunas familias seris se separaron del grupo de la costa y vivían en sus chozas en torno al rancho, pero no para incorporarse al trabajo, sino para cazar y robar ganado. Encinas ordenó a sus peones matar un seri por cada cabeza de ganado perdida...

Los conflictos se reiniciaron. Pero las actividades promovidas por el rancho, que contaba con el apoyo del gobierno y de algunos empresarios de Sonora, despertaron el interés de los indios en el intercambio de productos con los yoris (como llaman a los blancos y mestizos) por medio del trueque. Sustituyeron sus prendas de venado y pelícano por mantas de

Don Antonio. La actitud de los konkaak es altaiva y digna, equiparable a la de los yaquis, cuya lengua incluye una palabra para denostar al miembro del grupo que reniega de su origen: *yorisangora*, que significa basura del blanco.



algodón, se hizo más frecuente la cocción de sus alimentos, adoptaron algunas herramientas de metal –sobre todo cuchillos– que hasta entonces desconocían, consiguieron clavos y hierro de fleje para elaborar las puntas de sus flechas en lugar de la piedra y el hueso. Las bandas de guerreros-cazadores empiezan a tener una ocupación que gradualmente tendrá más importancia que la guerra y la caza: las expediciones comerciales a los pueblos mexicanos llevando sal, perlas, conchas marinas, pieles y cestos elaborados por sus mujeres. El comercio fue el factor a través del cual los seris establecieron un contacto pacífico con el exterior, pero fue también el que inició el proceso de desintegración de su cultura nómada. Al lado del intercambio mercantil hubo un intercambio de ideas, de enfermedades, de actitudes y costumbres, aunque estrictamente no se trató de un intercambio sino más bien de una adopción por parte de los seris de las cosas, las palabras, las infecciones y los valores de los yoris.

A principios de los años veinte de este siglo los seris empiezan a vender pescado y otros productos marinos a las

poblaciones vecinas. La pesca deja de ser destinada exclusivamente al autoconsumo para integrarse, aunque en pequeña escala, al movimiento mercantil de la región. A través de los "armadores", que son los ineludibles intermediarios que pronto se enriquecieron a costa del trabajo de los pescadores indígenas. Gradualmente el trueque cede su lugar al intercambio monetario y los indios se surten de ropa, harina, rifles, calzado, etcétera.

Durante la depresión de 1930 y más tarde, durante la segunda Guerra Mundial, la demanda de pescado y de aceites de hígado de tiburón les permitieron ingresos que acentuaron definitivamente el carácter mercantil de su economía sobre una base monetaria. El aumento en la producción, el comercio, los ingresos y el consumo desembocó en una racha en la que el dinero, que circulaba rápidamente al interior de una cultura que ignoraba el ahorro, era gastado en festejos donde abundaba la comida, el alcohol y la marihuana, y se acercaban las prostitutas. La adquisición de lanchas de motor, rifles, autos y otros objetos valiosos, según los antropólogos, desin-

tegran lentamente las tradicionales relaciones comunales. Esto podría observarse en dos instituciones que, según ellos, han modificado sus características y probablemente en poco tiempo estén en desuso.

El *kimusing*, que en seri significa "buscar comida", era una forma de regular la distribución de alimento en la comunidad, consistente en el derecho que cualquier persona tiene a compartir la comida de cualquier hogar. Según Ricardo Pozas, los alimentos comprados provocan que las familias modifiquen sus horarios de comida para evitar compartirlos. Quién sabe, se *parema denithui*.

El *amac*, una especie de padrino entre los seris, ha sufrido modificaciones, sobre todo con el *amac* de algún difunto. Antiguamente los bienes del muerto debían destruirse pero, al adquirir más importancia el trueque, los objetos no se destruían, sino que se cambiaban por los del *amac*. En la actualidad, si hay bienes de gran valor los parientes del difunto se niegan a entregarlos al *amac*, o si éste los posee, se niega a entregarlos a cambio de los bienes del difunto. Desde los años sesenta se estableció entre ellos una secta protestante denominada "Iglesia Apostólica de la Fe en Cristo Jesús".

El lento proceso de integración a la vida regional los ha conducido a la aceptación de los programas oficiales, la cristianización, la escolarización y en ocasiones su integración a la estructura productiva regional. Todo ello permitió su sedentarización definitiva en la costa de Sonora y el abandono de la Isla del Tiburón, que hoy figura en un proyecto turístico para hacer de ella un lugar de caza y pesca deportivas. Actualmente se encuentran asentados en dos pequeñas poblaciones con alrededor de trescientos habitantes en cada una de ellas: Punta Chueca y El Desemboque. La primera está ubicada frente a la Isla del Tiburón, a unos 30 km de Bahía Kino, antiguo lugar de residencia seri y hoy habitado, en la parte denominada Kino Nuevo, por norteamericanos y gente rica de Sonora que han construido casas de veraneo a la orilla del mar. La otra comunidad, El Desemboque, se encuentra a poco más de 60 km al norte de Punta Chueca, ambas están comunicadas y unidas a Bahía Kino por un camino de terracería ancho y en buen estado.

La comunidad seri, hasta principios de este siglo todavía una sociedad nómada de cazadores-recolectores, se ha visto reducida a una vida sedentaria que la hace depender de un modo cada vez más acentuado de los recursos y las formas

de vida occidentales. Los descendientes de los antiguos guerreros, despojados de los recursos naturales indispensables para sobrevivir como una cultura integral, principalmente del agua de río o manantial, se encuentran hoy atrapados en una franja de arena que los inmoviliza entre el desierto y el mar, encinados en pequeñas construcciones de concreto, rodeados de basura, esperando la llegada de la pipa del INI que tres veces por semana les surte el agua en tumbos oxidados.

La falta de agua es uno de los problemas más graves pues la gente la ha sustituido por el refresco embotellado, que se consume en cantidades descomunales provocando serias deficiencias dentales. Lo más común es que personas de 35 o 40 años tengan por dentaduras pequeños raígenes amarillos pendiendo de las encías inflamadas.

Al llegar a Punta Chueca llama la atención una antena parabólica instalada en el patio de un salón que pertenecía a la cooperativa de pesca. Dentro hay bancas de madera y vigas orientadas en dirección de una televisión a colores, regalo del señor O'Farril a la comunidad. A un par de kilómetros de ahí, O'Farril cercó una inmensa propiedad dentro de lo que son los terrenos comunales seris en tierra firme. Una pipa con el logotipo de Televisa pasa por allí todos los días, pues dentro del terreno cercado se están construyendo cabañas que pronto servirán para albergar a los cazadores *nylon* durante sus vacaciones. Por lo pronto los indios seris ya no tienen acceso a esas tierras donde también se aprovisionaban de la madera del palo-fierro y la fibra del torote para elaborar sus artesanías.

Una tarde, conversando con un hombre mayor de edad, me hablaba de su preocupación por el poco crecimiento de su tribu. Según él había cuarenta o cincuenta jóvenes en edad de casarse y, sin embargo, era muy remota la posibilidad de que lo hicieran. Los jóvenes –decía– estaban tomando mucha droga (estimulantes y somníferos) que consiguen en las farmacias de Bahía Kino y en la calle doce del poblado Miguel Alemán, y a pesar de haberse denunciado a las autoridades de salubridad no se había hecho nada por controlar esta venta. Él recordó también las palabras que le dijo su abuela cuando era pequeño, palabras que le repetiría su madre algunos años después: cuando los yoris lleguen a la Isla del Tiburón es una señal indudable de que el fin del mundo está cerca.